El Desastre del 98 y el fin del Imperio español

ÁNGEL LUIS CERVERA FANTONI

El Desastre del 98 y el fin del Imperio español

SEKOTÎA

Con el apoyo de:







© Ángel Luis Cervera Fantoni, 2021

© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Ilustración de cubierta: Crucero Cristóbal Colón, de C.A. Traver (1899)

Primera edición: abril de 2016 Segunda edición: julio de 2021

WWW.SEKOTIA.COM

Editor: Humberto Pérez-Tomé Román Colección Biblioteca de historia

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls ISBN: 978-84-18757-45-7 Depósito legal: CO-571-2021

Hecho e impreso en España-Made and printed in Spain



Índice

Prólogo a la primera edición	13
Agradecimientos	17
INTRODUCCIÓN	
A MODO DE PRESENTACIÓN	.19
EL PERSONAJE	22
FUENTES CONSULTADAS	26
TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO DE LA FIGURA DEL ALMIRANTE CERVERA	28
I. AMBIENTE Y REALIDAD EN LA	
ESPAÑA DE FINALES DEL SIGLO XIX	31
LA CUESTIÓN SOCIAL	36
ESTRUCTURA ECONÓMICA	
POBLACIÓN, EDUCACIÓN Y CULTURA	.42
MORTALIDAD Y NATALIDAD	.43
NIVELES DE EDUCACIÓN Y CULTURA	46
II. MENTALIDAD MILITAR EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX POLÍTICA MARÍTIMA Y CAPACIDAD DE	47
CONSTRUCCIÓN NAVAL MILITAR EN ESPAÑA Y EL EXTERIOR	56
VISIÓN ESTRATÉGICA ESPAÑOLA DE SUS POSESIONES DE ULTRAMAR	69
EL ESTADO DE LA CUESTIÓN MILITAR EN LA GUERRA DE 1895-1898	.78
COMPOSICIÓN DEL EJÉRCITO	.91
EL SISTEMA DE RECLUTAMIENTO Y LAS FORMAS DE ELUDIRLO	.98
LA REDENCIÓN EN METÁLICO Y LA SUSTITUCIÓN1	00
LA DESERCIÓN1	04

III. CERVERA Y LA SITUACIÓN	
DE LA CONSTRUCCIÓN NAVAL ESPAÑOLA	107
LA GESTIÓN POLÍTICA Y ADMINISTRATIVA DE CERVERA:	
MINISTRO DE MARINA Y AGREGADO NAVAL EN LONDRES	111
COMANDANTE GENERAL DE LA ESCUADRA DE INSTRUCCIÓN	118
IV. LA PRENSA	123
ACTITUD DE POLÍTICOS Y DE LA PRENSA	123
PRENSA AMERICANA	129
PRENSA ESPAÑOLA	133
PRENSA EUROPEA	137
V. VÍSPERAS DE LA GUERRA	141
EL INTERÉS DE ESTADOS UNIDOS POR CUBA	141
PREPARATIVOS DE LA INTERVENCIÓN MILITAR	
NORTEAMERICANA	
LA EXPLOSIÓN DEL MAINE	15.
COMUNICACIONES PERSONALES	
DE CERVERA ANTES DE LA GUERRA	162
VI. EN TORNO A LA GUERRA	
Y AL COMBATE NAVAL DEL 3 DE JULIO	179
LA REUNIÓN DE GENERALES Y ALMIRANTES	
EN MADRID Y LA SALIDA DE CABO VERDE	
BLOQUEO NORTEAMERICANO DE SANTIAGO DE CUBA	
MARINOS ESPAÑOLES LUCHANDO EN TIERRA	196
COMBATE NAVAL DEL 3 DE JULIO	198
COMPORTAMIENTO DE LOS CUBANOS	
CON LOS MARINOS ESPAÑOLES	
CAUTIVERIO EN ESTADOS UNIDOS	215
VII. CONSECUENCIAS DEL DESASTRE Y SU IMPACTO	
SOBRE EL SISTEMA POLÍTICO DE LA RESTAURACIÓN	
REACCIÓN EXTRANJERA	
REACCIÓN NACIONAL ANTE LA DERROTA	
REPATRIADOS Y CONFLICTO SOCIAL	240
DEDICACIÓN DE CEDVEDA DOD LOS HOMBRES DE SU ESCUADRA	251

VIII. OPINIÓN PÚBLICA Y RESPONSABILIDADES	259
CONSEJO DE GUERRA	259
COMUNICACIONES RECIBIDAS POR CERVERA POR LA CAUS INSTRUIDA CONTRA ÉL	
EFECTOS DE LA PRENSA EN LA OPINIÓN PÚBLICA	268
LA TRANSFORMACIÓN DE LA IMAGEN	
DE CERVERA EN EL EXTERIOR: DE ADVERSARIO A AMIGO .	
LA OPINIÓN CUBANA	274
ARGUMENTACIONES Y ESCRITOS	
DE CERVERA. LO QUE PIENSA, DICE Y ESCRIBE ACERCA DEL S	
ACERCA DE LA POLÍTICA Y LA RELIGIÓN	278
IX. LUCES Y SOMBRAS DEL 98 A LO LARGO DE UN SIGLO	281
OPINIONES ESCRITAS ACERCA DEL ALMIRANTE CERVERA.	281
ARGUMENTACIONES Y AUTORES CONTRARIOS	
A ASPECTOS CONCRETOS O A LA ACTITUD ADOPTADA	
POR EL ALMIRANTE CERVERA	
ARGUMENTOS PARA LA CONTRASTACIÓN DE OPINIONES	301
ARGUMENTACIONES FAVOR ABLES AL PENSAMIENTO	
Y ACTITUD ADOPTADOS POR EL ALMIRANTE CERVERA	
REHABILITACIÓN OFICIAL Y RECONOCIMIENTO DE CERVERA	A352
X. EN TORNO AL 98. CONSIDER ACIONES FINALES	359
EVIDENCIAS PUESTAS DE MANIFIESTO POR CERVERA	368
A NIVEL ESTRATÉGICO	369
FALTAS A NIVEL TÁCTICO	374
FALTAS A NIVEL OPERATIVO	375
EPÍLOGO DEL IMPERIO, EPÍLOGO DE LA INVESTIGACIÓN	379
Apéndices documentales	391
Nº 1. LA MARINA EN LAS NACIONES DÉBILES	
Nº 2. LO QUE NO CONSTA EN LA HOJA	
DE SERVICIOS DEL ALMIRANTE CERVERA	
ACERCA DE SU CAMPAÑA EN JOLÓ (1874-1876)	399
Nº 3. COMISIONES PAGADAS COMO AGRADECIMIENTO A	
COMPRAS EFECTUADAS	
Nº 4. CARTAS DESDE LONDRES: A SPOTTORNO	406
Nº 5. CARTAS DESDE LONDRES: A MORET	408

	Nº 6. CARTAS DESDE LONDRES: A CANOVAS410
	Nº 7. CARTA DE «DESPEDIDA» DEL CAPITÁN GENERAL RAMÓN BLANCO AL ALMIRANTE CERVERA412
	Nº 8. CARTA DE UN PÁRROCO DE LÉRIDA DIRIGIDA AL MINISTRO DE LA GUERRA, PARA OBTENER LA LIBERTAD DEL ALMIRANTE CERVERA413
	Nº 9. CARTA PERSONAL DEL ALMIRANTE CERVERA, PRISIONERO EN ANNAPOLIS, A SU HIJO JUAN415
	Nº 10 LOS PRISIONEROS DE LA ESCUADRA DE CERVERA EN LA ACADEMIA NAVAL DE ANNAPOLIS (HISTORIA DE UNA FOTO)
	Nº 11. RELACIÓN DE MIEMBROS DE LA ESCUADRA (JEFES, OFICIALES Y GUARDIAMARINAS) FIRMANTES DEL PERGAMINO DE ACOMPAÑAMIENTO DEL BASTÓN DE MANDO OFRECIDO AL ALMIRANTE CERVERA (DICIEMBRE DE 1898): . 426
	Nº 12 RELACIÓN DE MIEMBROS DE LA ESCUADRA (CONTRAMAESTRES, CONDESTABLES Y PRACTICANTES) FIRMANTES DEL MENSAJE AL ALMIRANTE CERVERA (ENERO DE 1904):
	Nº 13. ESTUDIO CRÍTICO DE LA GUERRA (MANUSCRITO INACABADO)431
	Nº 14. <i>MEMORIAL</i> NORTEAMERICANO AL ALMIRANTE CERVERA433
	Nº 15. CARTAS RESERVADAS DE CONCAS A CERVERA 436
	Nº 16. DE CÓMO RESPONDIÓ LA PRENSA NORTEAMERICANA CUANDO LE LLEGÓ LA NOTICIA DEL PASE A LA RESERVA DEL ALMIRANTE CERVERA EN 1908, DIEZ AÑOS DESPUÉS DEL 3 DE JULIO DE 1898440
	Nº 17 UNA BATALLA, UNA HISTORIA
	Nº 18. LA CONSIDERACIÓN DE HÉROE AL ALMIRANTE CERVERA POR LOS EE.UU451
Fu	entes de información453

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Los sucesos del 98 y sus dramáticas consecuencias han quedado grabados con sangre en la memoria colectiva de España y, con especial dolor, en la de la Armada.

Sobre la pérdida de Cuba y Filipinas se ha escrito y divulgado mucho desde el día siguiente de los hechos hasta nuestros días. Es por ello que el común de los españoles sabría decir qué ocurrió allí, al menos, de forma aproximada. Sin embargo en la mayoría de los casos el relato del ciudadano sería poco preciso e incluso equivocado, al menos en lo que se refiere al contexto, los acaecimientos y las decisiones que durante las décadas anteriores y hasta el mismo 3 julio de 1898 desembocaron en *El Desastre*.

Este libro desarrolla con gran claridad cómo y, sobre todo, por qué, se desencadenaron los acontecimientos de la forma como se hicieron. La decadencia de la Armada, así como la sucesión de desaciertos que concluyeron en las órdenes a Cervera, fue una responsabilidad compartida de gobernantes, autoridades militares y prensa. Esta cuestión parece poco discutible para cualquier aficionado a la historia naval y a la de España. Sin embargo, en lo que refiere a las decisiones de Cervera en Cuba y la táctica empleada en el combate de Santiago de Cuba, han existido y aún se mantienen diferentes puntos de vista, desde la absoluta admiración hasta la crítica más exacerbada.

Es aquí donde esta obra tiene un valor añadido. El singular interés de gran cantidad de documentos, algunos inéditos, en su mayoría correspondencia entre el almirante Cervera y los responsables políticos y militares de la época, consigue que el lector se traslade con gran realismo al escenario antes, durante y después del desastre. La visión que trasciende del texto no es solo la del almirante, que se expone con patente verosimilitud, sino también la de otras figuras y protagonistas destacados, en muchas ocasiones con posturas muy enfrentadas a la de Cervera.

Ángel Luis Cervera hace un estudio metódico de las diferentes críticas al almirante, contrastándolas con la opinión de otros estudiosos y protagonistas, intentando refutar con convincente argumentación y pruebas gran parte de ellas.

A lo largo de toda la obra destaca la claridad con que el autor, descendiente del héroe, trata cada cuestión y expone las críticas, algunas muy duras, que se vierten contra él. De hecho, estoy seguro de que quienes se aproximen a este trabajo adquirirán una visión amplia y detallada de los hechos, aunque podrán concluir juicios diversos sobre el acierto o no de las distintas decisiones y actuaciones de Cervera, tanto en combate como en la relación con sus mandos y autoridades del gobierno.

Sin duda, esta obra estimulará al lector a viajar atrás un siglo e imaginar qué habría hecho en el lugar del jefe de escuadra en Santiago de Cuba el 3 de julio de 1898.

Uno de los aspectos en el que autores y protagonistas coinciden al valorar la figura de Cervera es su valor, honor y honestidad. El lector podrá extraer esta conclusión tanto de las actuaciones en Cuba y otras campañas, como de los documentos que muestran el respeto y admiración que despertó en el enemigo, y en los comandantes y dotaciones de sus barcos. A pesar de ello, algunos critican que no se debieron sacrificar tantas vidas para salvar el honor y la disciplina. Posiblemente sea sencillo opinar desde la lejanía del tiempo y las circunstancias; quienes sirven en la Armada son conscientes de lo difícil que resultaría tomar tan trascendente decisión.

Del estudio de este y otros episodios de la historia naval de España se comprende que ésta se ha forjado no solo de los aciertos y errores de nuestros marinos, sino también de las circunstancias y el contexto social, económico y político del país. Esto es algo inmutable y es bueno recordarlo y tenerlo presente. Pese a las dificultades que el entorno pueda imponer a la Armada, nunca debe perderse la objetividad para valorar sus fortalezas y debilidades. Ello es imprescindible para convencer y reclamar al país el esfuerzo que en cada momento se requiera para mantener a la Armada en disposición de cumplir su misión.

Para cualquier marino de la Armada, el nombre Cervera despierta una mezcla de sentimientos de gran calado y especial emoción. Como militar y como marino considero que esta obra hace justicia a Cervera, como almirante y como persona, y es una valiosa aportación a la historia naval, a la de España y a la verdad de los hechos del 98.

Jaime Muñoz-Delgado Díaz del Río Almirante General Jefe de Estado Mayor de la Armada (2012-2017)

AGRADECIMIENTOS

En 1992 inicié una larguísima travesía que comenzó con el rodaje de un documental para TV titulado «Cuba 1898: La caída del imperio español». Destacados historiadores participaron y colaboraron entonces, como Ramón Salas, Juan Velarde, Manuel Vázquez-Montalbán, Eusebio Leal, Raida Mara Suárez, Nancy Machado, Olga Portuondo o James W. Cheevers, algunos de los cuales ya no se encuentran entre nosotros.

Ese mismo año, con la ayuda de la empresa TELSON pudimos recrear, por primera vez en España, el combate naval del 3 de julio de 1898, mezclando imágenes antiguas e inéditas pertenecientes a los fondos de los tres países que intervinieron en el conflicto, junto a las técnicas de postproducción digital y animación por ordenador de entonces, siguiendo la estela de las producciones británicas de la BBC o de National Geographic.

Pasaron los años y, desde entonces, mi familia cubana fue creciendo: Aurea Matilde Fernández, Raúl Izquierdo, Gustavo Placer, Omelio Borroto, Vicente González, Gladys Collazo, entre otros muchos, harían más fácil mi trabajo. Con ellos pude recorrer los parajes de los combates terrestres y con algunos pude navegar por las costas de Santiago de Cuba, penetrando y buceando en los pecios donde se encuentran los restos hundidos de la escuadra española.

Por entonces, ya me había sumergido en un estudio en profun-

didad sobre el pensamiento militar del almirante Cervera y para ello era necesario que alguien me animara a elaborar mi segunda tesis doctoral. Esta vez el responsable era, ni más ni menos, que el Almirante General y Jefe del Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), Fernando García Sánchez. Con la lectura y defensa de esta tesis logré, en paralelo, otro sueño más: alcanzar el grado de Oficial Reservista Voluntario de las Fuerzas Armadas (alférez de fragata de la Armada Española), y ser destinado en el Instituto de Historia y Cultura Naval, de Madrid.

Mis compañeros de viaje en esta larga travesía fueron muchos. Desde España siempre tuve cerca a mis amigos, algunos de los cuales, como Teo Rubio, me acompañaron y bajaron conmigo a los cementerios submarinos donde yace la memoria de los marinos españoles. Otros, como Javier Navarro, me enseñaron a distinguir en la arena de las playas que se encuentran a los pies de Sierra Maestra restos y vestigios de la historia de la guerra. Desde España, Oliver Carrero y Lorenzo García me ayudaron a recuperar auténticos tesoros: fotos que se han podido restaurar y contemplar, algunas de ellas por primera vez después de 100 años...

Mi familia la tuve siempre cerca, conmigo. Tras mi primer viaje en 1992, se incorporaron mis primos Pepe y Pascual Cervera, con quienes tuve el privilegio y honor de asistir a los actos conmemorativos del Centenario de 1898, en Santiago de Cuba. Posteriormente, en 2006, un grupo familiar de 30 Cerveras pudieron conocer con nuestra ayuda, la historia real vivida por los marinos y soldados españoles en lo que luego se conoció como el *Desastre del 98*. En la familia Cervera, desde 1850, han vestido o visten el uniforme de la Armada Española 57 de sus miembros, 14 de ellos almirantes. A todos ellos, también, va dirigido ahora mi recuerdo y el profundo respeto y agradecimiento por lo aprendido y recibido.

Ángel Luis Cervera Fantoni Junio de 2021

INTRODUCCIÓN

A MODO DE PRESENTACIÓN

Desde el asesinato de Cánovas en 1897 y la destrucción de las escuadras de Cervera (Cuba) y Montojo (Filipinas) en 1898, hasta la firma del Tratado de París, las guerras coloniales se habían llevado por delante decenas de miles de vidas, tres mil millones de pesetas de la época y la quiebra de la ofensiva diplomática y militar destinada a situar España entre las potencias europeas que debían repartirse las zonas de influencia en África.

Se habla del 98, de su generación, del trauma colectivo que produce el desastre colonial. Pero, nada más ignorado entre los propios españoles que el significado, origen, desarrollo y auténticos efectos de aquella guerra.

A lo largo del tiempo, la historiografía ha ido desvelando y aclarando acciones incorrectamente interpretadas por algunos personajes que tuvieron entonces un protagonismo especial. Las circunstancias políticas y militares arrastraron al almirante Pascual Cervera Topete a vivir el 3 de julio de 1898 directamente el desastre naval de Santiago de Cuba y sus consecuencias posteriores, que de modo tan directo influyeron en el devenir de España, Cuba y los Estados Unidos.

Los grandes líderes, según la Historia, son los que pueden triunfar, y los grandes líderes militares son aquellos hombres que ganan sus batallas. El triunfo ha sido siempre la mayor recompensa a la que un militar podía aspirar, en reconocimiento del éxito obtenido en una expedición militar, en una campaña o en una guerra. Poca atención se presta a los comandantes de las fuerzas derrotadas en un conflicto militar, y aún menos interés se pone en las derrotas iniciales de aquellos que llegaron a ser grandes líderes, más tarde.

El estudio de la guerra, como la Historia, es solo la sombra de los líderes que la dirigen. Si George Washington no hubiese contribuido a la favorable conclusión de la revolución americana, la balanza de su carrera militar podría haberse inclinado del lado de los perdedores. De hecho, la guerra por la independencia de los Estados Unidos tuvo alternativas de éxitos y fracasos y George Washington se encontró, en más de una ocasión, en situación comprometida (por ejemplo, en la batalla de Long Island).

Otro caso parecido fue el del almirante inglés Horacio Nelson que, durante su vida militar, tuvo desaciertos y descalabros, como:

En 1783, siendo rechazado por intentar rescatar la isla Turco, en Bahamas, ocupada entonces por los franceses; o en 1797, cuando desistió de sus ataques y bombardeos a la ciudad de Cádiz; o cuando atacó a Santa Cruz de Tenerife el 25 de julio de ese mismo año y fue rechazado, perdiendo en aquel combate el brazo derecho y su escuadra 349 hombres, entre muertos, heridos, ahogados y desaparecidos¹.

Los acontecimientos, afortunadamente, dieron la oportunidad a aquellos hombres para recuperarse de sus reveses militares y continuar hasta lograr la merecida fama por su liderazgo. Pero, ¿qué decimos de los líderes que fueron abandonados por la fortuna o la falta de tiempo? Los historiadores los mencionan raramente, o lo hacen de forma negativa, sepultándolos de forma distante del círculo de atención reservado a los triunfadores.

De Gavalda y Cabré, José M.a, *Reparación y ejemplaridad* (Cervera-Jervis-Nelson). Sobs. de López Robert y Cía., Impresores, Barcelona, 1926, págs. 35-36.

La mayoría de la historia militar la escriben los victoriosos, y es natural que el interés principal resida en acentuar su «yo». Sin embargo, podemos aprender valiosas lecciones sobre el liderazgo si consideramos la experiencia de los vencidos, especialmente si examinamos sus errores, y en qué circunstancias se produjeron.

Líderes que no triunfaron y que no pueden categorizarse fácilmente como fracasados, a pesar de haber sufrido una derrota militar. Estos hombres que mostraron cualidades de liderazgo bajo condiciones casi insoportables de tensión, merecen situarse en una categoría única. Son hombres a quienes les faltó tiempo o buena suerte, pero que nunca les faltó habilidad para dirigir a sus hombres hacia el combate.

El almirante Pascual Cervera Topete fue mucho más que el perdedor de Santiago de Cuba: marino, compañero de batallas de Méndez Núñez, Malcampo o Lobo; defensor de la legalidad constitucional frente al levantamiento cantonal; ayudante de la Reina Regente, gobernador militar y administrativo de territorios alejados de la metrópoli, gestor militar de astilleros, ministro de Marina y senador.

Un almirante inglés escribe, seis meses después del Desastre del 98:

La buena memoria de algunos almirantes ha sufrido en manos de la Historia, que nunca supo equilibrar debidamente sus méritos y deméritos. Por otro lado, los ha habido tan halagados de la buena fortuna, que jamás llegaron a analizarse sus merecimientos y, en cambio, hubo otros sobre los cuales han recaído todas las censuras, y que acaso solo sirvieron de puras víctimas a las circunstancias; hombres a quienes se les exigió imposibilidades y que luego fueron denunciados y escarnecidos por no poderlas llevar a cabo. Entre estos últimos debemos colocar a Medina-Sidonia, Lord Torrington, probablemente al infortunado Byng y ahora, con toda seguridad, a Cervera².

Con la perspectiva que nos proporciona el tiempo, este libro afronta una revisión histórica de la época que le tocó vivir al almirante Cervera, contextualizando el personaje en su espacio y su

² Colomb, P. H. «Las desventuras de Cervera». Revista General de Marina, núm. marzo, 1899, págs. 381-390.

tiempo, analizando las condiciones de vida de la sociedad de entonces, las reacciones de la opinión pública, los principios y valores que le llevaron a tomar determinadas decisiones y —conociendo de primera mano su pensamiento—, lo que pensaba, decía y escribía.

El factor clave de aquel aciago 3 de julio de 1898 no fue tanto la decisión de Cervera en tratar de abrirse paso fuera de Santiago de Cuba, sino su determinación por hacer cumplir las decisiones de sus superiores, en las que no pudo influir. Cervera no podía corregir la falta de bases navales en el Caribe, ni haber hecho más para demostrar a su Gobierno las deficiencias de la Marina y de su escuadra. Las opciones de Cervera eran limitadas, y las escogió de acuerdo con los conceptos de liderazgo personales y de su época.

Cervera no tuvo la oportunidad de aprovecharse, como Washington y Nelson, de las lecciones de la derrota. Sin embargo, todavía podemos recordarlo por su valor bajo tensión y su determinación de cumplir con su deber, y hacer cuanto pudiese con los medios que tenía a su alcance.

EL PERSONAJE

Se trata de explicar la lucha de un hombre sobre los acontecimientos políticos. Cervera se forma durante su carrera militar en la técnica y estrategia naval en torno al problema de Cuba y las Antillas. Su frustración viene de no ser capaz de hacer valer su criterio sobre las opciones políticas que deciden por abandonar, en primer lugar la defensa de las costas cubanas y no mejorar la Marina allí destinada; y en segundo lugar, de ir a una guerra absurda de la que no cabía esperar buenos resultados para España³.

³ El ensayista y narrador español Fernando Díaz-Plaja al referirse a Cervera, escribe: «Fue un hombre al que su cerebro informó de la inutilidad de una empresa y su corazón y sentido del deber impulsaron a realizarla». Archivo Almirante Cervera (en adelante, AAC). Legajo Carpeta Cartas a los Cervera, núm. 24 (junio), 1990, pág. 40.



Pascual Cervera Topete, en Tolon (1890).

La investigación que aquí se aborda analiza la evolución del pensamiento de un hombre singular frente a unas circunstancias externas adversas. El hombre que, por su preparación, sabe que tiene razón, pero que no controla la última decisión.

En cuanto a las ideas que rodean al personaje son, fundamentalmente, las siguientes:

La escasa atención de los poderes públicos hacia la Marina y el Ejército fue uno de los temas recurrentes del siglo XIX, y con el cual Cervera se enfrentó y padeció, tanto en despachos como en los diferentes frentes de combate.

A lo largo de su vida tuvo ocasión de demostrar su profesionalidad en los más variados escenarios y ámbitos de su profesión:

- En el campo de la gestión llegando a ser ministro de marina, además de otros cargos importantes relacionados con la vida militar, como mayor general del departamento de Cádiz, vocal del Consejo Superior de Marina, comandante general del arsenal de la Carraca, comandante general de la escuadra, jefe del Estado Mayor central de la armada o capitán general del departamento marítimo de Ferrol.
- En la técnica militar naval, dirigiendo proyectos de construcción y reparación de barcos en los arsenales donde trabajó, como jefe de la Comisión de Marina y agregado naval en Londres, director técnico-administrativo de los Astilleros del Nervión en Bilbao o presidente de la Comisión Constructora del acorazado *Pelayo*, en Tolón (Francia).
- En el campo de la estrategia militar, con planteamientos y acciones que le llevaron a ser, desde joven, un profesional respetado y admirado por su valentía y capacidad de iniciativa, como instructor de guardiamarinas, oficial en la Toma de Pagalugan, ayudante mayor de la Carraca, comandante de la goleta *Prosperidad* en la Guerra Cantonal, comandante de diversos buques en Filipinas, jefe de la división naval del sur o gobernador de Joló (Filipinas).

Su preparación y forma de ser le llevan a episodios de su vida en los que siente una gran preocupación y dedicación por los hombres

que sirven bajo su mando. Son muchos los testimonios de afecto y apoyo que recibe, tanto desde las altas instancias políticas y militares, como de personas anónimas que le agradecen, a su estilo y como pueden, un gesto suyo.

La resignada aceptación de las órdenes que le llevan al desastre con el peligro muy cierto de su vida y la de sus hombres es un ejemplo de disciplina militar. En un período tan convulso de la historia de España como es el de finales de siglo XIX, las dotaciones que están bajo su mando en la escuadra, dan ejemplo de inquebrantable fidelidad hacia su almirante.

Su actitud y comportamiento en los acontecimientos posteriores al desastre muestran su visión y sentido del patriotismo, por encima de una clase política y de una prensa que, con posterioridad, serían intensamente cuestionadas. Las relaciones con los medios de comunicación desde la época en que es nombrado ministro de Marina o el ambiente político que se respira a lo largo del proceso (Consejo de Guerra) que se incoa a los marinos españoles tras el desastre del 3 de julio de 1898 son algunos de los escenarios donde el almirante debe desenvolverse, muy a su pesar, con tacto y prudencia.

La reacción de la Armada sobre los acontecimientos protagonizados por Cervera y el sentimiento victimista encerró aun más en sí mismos a los marinos, no solo en relación al Ejército, sino con la propia sociedad. Sin embargo, Cervera seguirá hasta el final de sus días en una actitud de «militancia activa» dentro de su profesión, que le irá granjeándose el respeto de sus subordinados y la admiración de sus enemigos.

Con estas ideas podríamos afirmar que el almirante Pascual Cervera formaba parte de aquellos militares, entre los que figuran algunos miembros destacados del Ejército, como los generales Camilo García de Polavieja o Valeriano Weyler, cuyo criterio profesional, de haberse tomado en cuenta, probablemente no hubieran precipitado los acontecimientos que desembocaron en el *Desastre del 98* ⁴.

⁴ Valeriano Weyler y Nicolau, nombrado general en jefe del Ejército en Cuba, desde su llegada a la isla puso en práctica un estudiado plan de operaciones, para cuyo

FUENTES CONSULTADAS

Conocemos el futuro únicamente por el pasado que proyectamos en él:

Pero el pasado es algo que nunca podemos capturar; no podemos revivirlo, recuperarlo ni volver a ello como podríamos hacerlo con un experimento de laboratorio. Solo podemos representar el pasado como un paisaje distante, nunca sabiendo con seguridad cómo fue realmente. Los historiadores representan lo que no pueden reconstruir⁵.

Sin embargo, la historia es la puesta en valor de documentos escritos:

La historia se hace con documentos. Los documentos son las huellas que han dejado los pensamientos y los actos de los hombres de otros tiempos. Entre los pensamientos y los actos, muy pocos hay que dejen huellas visibles, y esas huellas, cuando existen, son raras veces duraderas, bastando cualquier accidente para borrarlas. Ahora bien; todo pensamiento y todo acto que no ha dejado huellas, directas o indirectas, o cuyas huellas visibles han desaparecido, resulta perdido para la historia; es como si nunca hubiera existido. Por falta de documentos, la historia de inmensos períodos del pasado de la humanidad no podrá nunca ser conocida. Porque nada suple a los documentos, y donde no los hay, no hay historia⁶.

desarrollo había pedido dos años, pero fue relevado antes de expirar este plazo y cuando la rebelión cubana quedaba reducida a una pequeña zona de la parte oriental, influyendo en este relevo el gobierno de los Estados Unidos, que ofreció no seguir protegiendo a los insurrectos a condición de que Weyler —el «carnicero»—, como le llamaban ellos, dejase de dirigir la campaña y regresase a España. Por su parte, de Camilo García de Polavieja y del Castillo, el «general cristiano», nombrado gobernador y capitán general de Filipinas, y general en jefe del ejército que operaba en aquellas islas, puede decirse que su acción política fue muy cuestionada con motivo del fusilamiento del líder Rizal, tras el cual, y por motivos de falta de salud, se le admitió su dimisión en el destino, regresando a España. Polavieja ingresó en el Cuerpo de Estado Mayor con 17 años; en estos cursos fue compañero de Weyler, según se indica en el expediente de Polavieja del Centro de Estudios Históricos de la Guardia Civil, ficha modelo 3, núm. 4590.

⁵ Gaddis, John Lewis. El paisaje de la Historia. Cómo los historiadores representan el pasado. Ed. Anagrama. Barcelona, 2004, pág. 19.

⁶ Langlois, Charles V. y Seignobos, Charles. Introducción a los estudios históricos. La

Normalmente se trabaja por referencia, deducción y aproximación; unos datos y unas cifras aportan una idea, ayudan a situar unos hechos, pero no nos dan toda la realidad, no descubren toda la verdad. El propósito de este libro ha sido acercarnos a la aventura humana del 98, pero alejándonos de lo que entendemos por biografía al uso, aunque interrogando al pasado y reconstruyéndolo con la aportación de testimonios, apuntes y datos fragmentarios —muchos de ellos desconocidos—, que ayuden a comprender la atmósfera y el ambiente en que se desarrollaron los acontecimientos del final del derrumbe colonial español.

Se ha revisado el archivo histórico del almirante Cervera, que conserva una colección de legajos, correspondencia y recortes de prensa que nos ha permitido conocer su visión como hombre de Estado, y como militar⁷. Además, se han efectuado visitas a otros Archivos y Museos para completar el acercamiento a su pensamiento y al «espíritu del tiempo» que le tocó vivir.

En este libro se han recopilado, registrado y analizado datos e informaciones de publicaciones técnicas y especializadas, así como informes, estudios e investigaciones referidas al período de la guerra que va, de 1895 a 1898. Han sido consultados 283 autores de artículos y libros que se encuentran, asimismo, comprendidos en el Fondo Histórico y Legado de la Familia Cervera. La mayor parte de los documentos y escritos ha proporcionado información relevante, que ha quedado reflejada en el marco histórico de esta investigación, que tuvo como origen una tesis doctoral acerca del pensamiento militar del almirante Cervera en torno al *Desastre del 98*8.

Pléyade, Buenos Aires, 1972, pág. 96.

⁷ Una parte significativa de ese archivo, compuesto por más de 43 legajos es absolutamente inédito y desconocido.

Se ha dispuesto de una información detallada en cuanto a informes, cartas, oficios y correspondencia oficial y privada del almirante que va, de 1850 a 1909 (con más de 2.000 documentos), si bien la investigación construida en torno a una tesis doctoral se ha focalizado en torno al *Desastre del 98*. El archivo personal (creado y ordenado por el propio almirante en la época en que fue ministro de marina, en 1892) cuenta, además, con una colección de más de 3.000 fotografías de la guerra y una videoteca con todos los documentales aparecidos en España, Cuba y los EE.UU. en los últimos 30 años, acerca del conflicto. Este archivo ha ido enrique-

TRATAMIENTO HISTORIOGRÁFICO DE LA FIGURA DEL ALMIRANTE CERVERA

A pesar de la abundante literatura escrita con motivo del centenario del *Desastre del 98*, muy poco se ha escrito acerca del almirante Cervera en su dimensión profesional y humana, siendo la mayor parte referencias que solo se concretan a su actuación, tan estimada como discutida, al frente de la escuadra de operaciones de las Antillas y en donde apenas encontramos valoraciones objetivas, sino defensores entusiastas o encarnizados detractores⁹.

Sobre las enseñanzas de la guerra uno de los protagonistas de primera fila en Santiago de Cuba, el capitán de navío Víctor Concas, comandante del crucero *Infanta María Teresa*, y capitán de banderas de la escuadra de Cervera, en aquel 3 de julio de 1898, escribe:

Desde el mismo día en que se declaró la guerra entre España y los Estados Unidos, no ha habido escritor, político ni publicista que, viniera o no a cuento, no haya sacado ejemplos, descrito sucesos y deducido consecuencias perfectamente acordes a previsiones, discursos o escritos anteriores, aunque para ello, en la mayoría de los casos, hayan tenido que inventar los hechos y desfigurar los sucesos para acomodarlos a la intención propia, de modo que respondan la supuesta clarividencia de los autores; aunque a la luz de la verdad y de la historia, los hechos relatados, tengan tanto que ver con la guerra hispano-americana, como con las campañas de Xerjes (...)

No es esto negar valor científico a la mayoría de esos estudios, si se consideran como disquisiciones abstractas de estudios profesionales; pero para estudiar una guerra determinada hay que describir la gue-

ciéndose, también, con las aportaciones hechas a la página web www.almirantecervera.com creada en 2009 y que recibe una media de 20.000 visitas anuales.

⁹ En cuanto a la denominación que se ha venido utilizando durante décadas del conflicto (Guerra hispano-cubano-norteamericana), para el historiador cubano Rolando Rodríguez «esto despojaría sin razón alguna a los demás americanos del hermoso gentilicio que cubría a todos los que habrían nacido en el Nuevo Mundo». Para él debería cambiarse el término «norteamericano» (que abarca no solamente a Estados Unidos, sino Canadá) por el de «estadounidense».

rra tal como fue, y no como pudo haber sido a juicio o conveniencia del autor, pues por nuestra parte, habiendo sido en ella testigo presencial y con motivo de buena información, podemos asegurar que muchas conclusiones están alteradas o inventadas en tantos escritos que se dan por bien enterados...¹⁰

Desde el punto de vista hispano, una buena parte de las publicaciones fueron escritas por protagonistas del combate naval del 3 de julio, y reflejan la amargura y frustración que les produjo el resultado. Reconocido con casi total unanimidad el abnegado comportamiento de los marinos y soldados españoles que combatieron en condiciones de manifiesta inferioridad, las críticas a los políticos y gobernantes que, con sus desaciertos propiciaron el desastre, son duras y terminantes y, en algunos casos, incluso feroces.

La inmensa mayoría de la aportación literaria o documental norteamericana en torno al 98 —de mayor cuantía que la española— está marcada por un triunfalismo no disimulado, salvo en los libros de carácter «técnico», redactados, también, en su mayoría, por directos protagonistas del combate. En ellos la figura del almirante Cervera y de los marinos de su escuadra es tratada con respeto, e incluso con admiración. Los importantes libros de Mahan, que crearon la doctrina naval, son también duramente críticos con la política española en las Antillas.

En cuanto a la perspectiva cubana del conflicto es, en general, radicalmente antinorteamericana, a pesar de que fue la intervención yanqui la que aceleró y propició su «independencia tutelada». Se advierte que, durante décadas, los historiadores cubanos no han querido asumir la responsabilidad histórica de enjuiciar algunas actuaciones de los jefes de la revolución, en tanto que estos planteamientos podían provocar polémicas.

El libro aporta, también, un extenso capítulo acerca de las opiniones y argumentaciones (tanto desfavorables, como favorables), que se han escrito acerca del almirante Cervera en este siglo largo que ha transcurrido desde 1898. Todo ello completado con unos apéndices documentales (la mayoría inéditos) que contribuyen al mejor conocimiento del *Desastre del 98* y del porqué del fin del imperio español.

¹⁰ Concas, Víctor M., Sobre las enseñanzas de la Guerra Hispano-Americana. Imprenta y litografía de Ezequiel Rodríguez, sucesor de Juan E. Delmas, Bilbao 1900, págs. 5-6.

I. AMBIENTE Y REALIDAD EN LA ESPAÑA DE FINALES DEL SIGLO XIX

Desde comienzos del siglo XIX, la vocación imperialista mantenida por la Corona española había variado sustancialmente. Consumada definitivamente la independencia de América, el antiguo Imperio solo mantenía las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, además de algunas posesiones en el Pacífico y en el norte de África.

La pérdida de influencia en uno de los continentes más ricos del planeta consolidó la entrada de España en el siglo XIX como una potencia colonial de segundo orden, a cuyos problemas de debilidad territorial en el exterior se unieron circunstancias políticas que terminaron con la muerte de Fernando VII.

Mientras España perdía casi todo su imperio colonial, aquel en cuyos dominios *no se ponía el sol*, las grandes potencias (Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos) se fortalecían y desarrollaban, se hacían cada día más ricas y edificaban sus propios imperios coloniales:



Salida de la diligencia de Segovia (hacia 1855).

Mientras que todas ellas construían altos hornos, fábricas y ferrocarriles y multiplicaban sus rentas, España permanecía apegada a su vacilante economía agrícola, de espalda al viento de la Historia¹¹.

A partir de 1893, el esfuerzo de expansión de las grandes potencias a expensas de los Estados más débiles se manifestó a un ritmo acelerado:

En los años 90, mientras los viejos litigios europeos quedaban adormecidos, la expansión colonial se situará en el centro de las relaciones políticas de las grandes potencias¹².

Se ha escrito mucho sobre cómo España había terminado aquel fin de siglo en guerra contra los Estados Unidos, y cómo se dejaron perder las colonias.

Se preguntaba Joaquín Costa qué había tenido que ocurrir para que un país «que tuvo Marina antes que Venecia y paseó el Atlántico antes que Inglaterra; que adquirió libertades antes que Suiza y creó universidades antes que Alemania, que llevó a la obra del Renacimiento las enciclopedias de San Isidoro, de Lulio y de Feijoó, siglos antes que el enciclopedismo asomara en Francia, que inventó con los pósitos el crédito agrícola antes que existiese la ciencia económica», hubiera llegado a tal grado de postración¹³.

Los gobiernos de la metrópoli no valoraron en su justa proporción el alcance que podría tener una reacción contra el régimen desde los diversos sectores políticos, económicos, sociales y militares de las colonias.

Con los buques del almirante Cervera a la deriva, desapareciendo ante la silueta de los acorazados yanquis:

Eslava Galán, Juan y Rojano Ortega, Diego. La España del 98. El fin de una Era. Edaf, Madrid, 1997 (2ª edic.), págs. 17-18.

¹² De la Torre del Río, Rosario. «La situación internacional de los años 90 y la política exterior española». *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98.* Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 2000 (2ª edic.), pág. 173.

¹³ Costa, Joaquín, Maestro. Escuela y Patria (notas pedagógicas). Biblioteca Costa. Madrid 1916, pág. 32.

Se escribía el final de una aventura, que había comenzado a cobrar forma cuando los políticos monárquicos enviaron a miles de jóvenes al matadero de Cuba y Filipinas, conociendo la debilidad de la armada nacional y la desigualdad de fuerzas de los ejércitos destinados a enfrentarse¹⁴.



Vista de la calle de Alcalá, hacia 1857. La fuente de la Cibeles se encontraba en su emplazamiento original, lejos del centro de la plaza y mirando hacia Neptuno.

El 98 fue un desastre militar que puso en evidencia la incapacidad de España para defender un territorio tan alejado de la metrópoli. Para ello hubiera necesitado una solidez económica de la que carecía, una marina de guerra poderosa y una política internacional de alianzas capaz de frenar el afán imperialista de los Estados Unidos.

A pesar de las apariencias, da la sensación que en 1898 el ambiente que se respira en la calle no es, necesariamente, de guerra; hay muchos centros de diversión en la capital: frontones, circos, teatros, plazas de toros y cabarets. Durante este período de final de siglo, que coincide con los años de formación de los futuros noventayochistas,

¹⁴ García de Cortázar, Fernando. Historia de España. Ed. Planeta. Barcelona, 2002, pág. 224.

«la imprevisión hacia el futuro inmediato parece regir la vida cotidiana, la existencia de una sociedad infantil y tontamente alegre...»¹⁵

Todas las mujeres jóvenes lucían en la plaza mantillas blancas, peinas de concha y mazos de claveles. Sombreros cordobeses de ala ancha, puros, aunque fueran de a perra gorda en los hombres, gritos, relinchos, cascabeles, trallazos. ¡Eh, a la plaza, a la plaza! Todos nos divertíamos mucho: fiestas, teatros, toros, carreras de caballos, rumba en las verbenas y lujo en los bailes aristocráticos¹6.

Será preciso que sobrevenga el brutal desastre militar de 1898 para que la realidad se muestre al desnudo, humillante ante algunos, y suscite denuncias y críticas apasionadas a cargo de hombres de ciencia, periodistas, literatos y políticos.



Un coche de caballos y un *ripper* (tranvía de tracción animal), camino de la plaza de toros que había en la calle Felipe II, de Madrid.

¹⁵ Cambria, Rosario. Los toros: tema polémico en el ensayo español del siglo XX. Ed. Gredos. Madrid, 1974, pág. 48.

¹⁶ Almagro San Martín, Melchor. Crónica de Alfonso XIII y su linaje. Edic. Atlas. Madrid, 1946, pág. 136 y 227.

LA CUESTIÓN SOCIAL

Desde finales del siglo XVIII, y con mucha más lentitud que en otros Estados de Europa Occidental, España iba fijando las bases de su moderna vida industrial y es en ese quehacer donde se percibe el inicio de una nueva época, la sintonía con el ritmo general de la vida europea, en el que las aportaciones nuevas de regiones apartadas durante años contribuyen a proporcionar el pulso de la vida española.

Todo ello coincide, en los albores del siglo xx, cuando el mundo moderno comenzaba a despertar de la mano de Siegmund Freüd o de Albert Einstein, entre otros. Se anunciaban muchos cambios que configurarían el siglo xx, entre ellos el automóvil, el cine, la aviación, la publicidad, o incluso los Juegos Olímpicos de 1896, los primeros de la época moderna...

En este impulso renovador, Cataluña, antes que ninguna región española, se convierte en el centro industrial de España, sobre todo en el sector textil, y es también dentro de este núcleo industrial donde nacerá y tomará cuerpo el movimiento obrero contemporáneo español. Se abren así, unas nuevas perspectivas que acarrearán problemas diferentes:

Mucho más lentamente que en Cataluña se irá efectuando la industrialización en otros puntos litorales, a través de la explotación de minas en Vizcaya y Asturias, actividad que origina la formación de la industria metalúrgica norteña. Fuera de los núcleos litorales, sin embargo, la vida y las perspectivas continuaron inmutables, para la mayor parte del país; la persistencia de una economía feudal agraria seguía siendo una realidad inconmovible y fatal, al tiempo que las entidades industriales existentes en dichas regiones se mantuvieron vinculadas a las tendencias tradicionales, sin evolucionar ni ampliarse¹⁷.

¹⁷ Jutglar, Antoni. La Era Industrial en España (Aproximación a la historia social de la España contemporánea). Edic. Nova Terra, Barcelona, 1963, pág. 31.

Además, como herencia romántica de la primera mitad del siglo XIX surge el problema del regionalismo, con sus peculiaridades lingüísticas —catalán, gallego, euskera—, específicas de cada región:

Se exalta así la patria chica, que a su vez queda minusvalorada por el centralismo administrativo. La actitud de los intereses regionales ante esa situación fue desentenderse de los problemas nacionales, abandonándolos al Estado central, resistirse a las intervenciones administrativas de este y procurar obtener los mayores beneficios de la administración estatal en su actividad autonómica. Tras la implantación del sufragio en 1890, esta tendencia aumentará en comunidades, como la catalana y la vasca, donde la clase burguesa adquiere un desarrollo superior y reclama para resolver sus problemas, niveles de autonomía cada vez mayores frente a la meseta. El estado canovista no comprendió nunca estas aspiraciones, que calificaba como actitudes separatistas o antiespañolas¹⁸.



Ciclistas en el Parque del Retiro, de Madrid (1895). A finales del siglo XIX el fenómeno velocípedo había llenado Madrid de bicicletas, importadas de Francia e Inglaterra.

¹⁸ Abellán, José Luis. «El krausismo: desarrollo de la ciencia y la transformación de la enseñanza». España en 1898, las claves del Desastre. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1998, págs. 92-93.

Durante buena parte del siglo XIX España funcionó como una red de comarcas mal integradas, con una fuerte fragmentación social y económica lo que, naturalmente, tuvo repercusiones políticas: el horizonte de la vida pública no fue, durante mucho tiempo la nación, sino la región, la comarca o la provincia.

Faltó voluntad política nacionalizadora, como puede comprobarse atendiendo a lo que sucedió con el servicio militar obligatorio y con los símbolos nacionales, otros dos instrumentos fundamentales de los procesos de nacionalización.

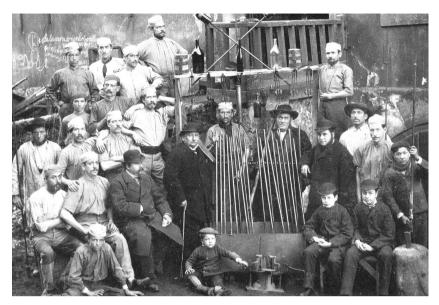
Una de las consecuencias que trajo ese atraso fue que, durante el siglo XIX, el servicio militar no tuviera en España un alcance verdaderamente universal, al permitir privilegios territoriales, numerosas exenciones de tipo médico, social o económico, como la «redención en metálico», constituyendo una experiencia muy temida e impopular, que difícilmente podía alentar la adhesión emocional de los ciudadanos a la nación y al Estado.

Algo parecido sucedió con el conjunto de símbolos que en otros países resultaron decisivos como mecanismos de integración, tales como la bandera, el himno, los monumentos o las fiestas; dichos símbolos estuvieron muchas veces sujetos a discusión y su uso tuvo, generalmente, un carácter oficial y protocolario. Todo ello hizo posible la aparición y el desarrollo de identidades alternativas a la española.

ESTRUCTURA ECONÓMICA

El siglo XIX fue, sin duda, un siglo complicado para España, debido a la pérdida de su Imperio colonial, la invasión francesa en la península, las guerras carlistas y la inestabilidad política.

Todos estos factores provocaron una acumulación importante de deuda, lo que en conjunto explica en buena medida las dificultades para adaptarse a una economía moderna similar a la del resto de Europa occidental.



Obreros y dueños de una fábrica de vidrio en Gijón (1890).

Al igual que ignoraron las consecuencias políticas de la independencia de Hispanoamérica (se negó el reconocimiento diplomático durante varias décadas) los gobiernos españoles decidieron también ignorar las consecuencias económicas:

En lugar de adaptar los gastos al nuevo y reducido nivel de ingresos, se dejó simplemente que aumentara la deuda pública. Cuando el volumen de ésta adoptaba proporciones alarmantes, el Gobierno introducía reformas o conversiones, con o sin el consentimiento de los acreedores, conversiones que en realidad equivalían a rechazos (o «quitas») parciales. Este es el esquema que se siguió, con pocas variaciones durante el siglo XIX, hasta que la guerra de 1898 forzara al Gobierno a seguir una línea de responsabilidad fiscal¹⁹.

A finales del siglo XIX España era un país eminentemente agrícola, con un reparto de la tierra muy desigual: de hecho, un 2 por 100 de

¹⁹ Tortella Casares, Gabriel. *Los Orígenes del Capitalismo en España*. Ed. Tecnos, Madrid, 1973, pág. 26.

los propietarios ostentaba el 47 por 100 de la tierra cultivable. Había grandes terratenientes, como el Duque de Alba, que tenía 98.000 hectáreas, o el Duque de Medinaceli, que poseía otro tanto, o el de Peñaranda, con 52.000 hectáreas. Muchos de estos terrenos estaban sin cultivar, dedicados a cotos de caza, cría de ganado de lidia, etc.

La realidad social de la España agraria de entonces se traducía en jornadas de hasta dieciséis horas, y sin llegar muchas de las veces a un nivel digno de subsistencia. Pero en las ciudades el panorama no era mucho mejor: el paro, los bajos jornales y la mendicidad daban como resultado una clase trabajadora mal alimentada, mal alojada y peor vestida. La vida para cualquiera que no estuviera en una situación social privilegiada resultaba muy dura.

La alimentación deficiente se hace sentir, a veces, con todo el peso de sus lastimosos resultados, en los hospicios y los hospitales, en los establecimientos penitenciarios (cárceles, presidios, galeras), en los colegios y casas de pensión, en la clase indigente y, por el mismo motivo, en la clase obrera.



Una imagen habitual de entonces: la «sopa boba» que se preparaba con las sobras de la comida de los conventos y se repartía entre los pobres y desamparados. En la imagen, el asilo de Ntra. Sra. de los Ángeles, Málaga (1900).

Estos y sus familias no disfrutan todavía de una alimentación reparadora; el pan y el vino que ordinariamente consumen no son de la mejor calidad; los vegetales constituyen la base de un régimen más común; y del reino animal apenas conocen más alimentos que el bacalao, el escabeche y el tocino. El obrero come poca carne, pues si bien compra a menudo los extremos, despojos y grosura de los animales, esta «carne de sábado», como se decía en lo antiguo, «nutre muy escasamente y fatiga en gran manera los órganos digestivos»²⁰.

Los problemas de hambre, mendicidad y enfermedad se resolvían por la caridad, y para ello las instituciones de beneficencia intentaban paliar el problema y atender a una población numerosa de desamparados. Los Ayuntamientos, al igual que muchas Órdenes religiosas, hacían lo que podían en sus asilos y comedores de caridad, donde cada día se repartían raciones a los infortunados que acudían hasta allí, e incluso en algunos cuarteles se repartía también el sobrante del rancho militar entre los mendigos.

La ola de pobreza fue en aumento a medida que finalizaba el siglo y comenzaba el nuevo. Con la crisis que la guerra produjo, para un soldado que regresaba de Cuba era especialmente difícil encontrar trabajo, porque este no abundaba. Así pues, el excombatiente de Cuba llevará una vida precaria que se hace más angustiosa a medida que las oleadas humanas de repatriados se van precipitando sobre Madrid y otras ciudades españolas.

La economía española que se asoma al fin de siglo ofrece una imagen dicotómica, con profundas desigualdades en relación a la evolución de las actividades productivas, y en términos de progreso material.

Al tiempo que hay amplias zonas atrasadas —y como ajenas a los cambios que cada vez más imprimen el tono y el estilo económico de la época—, otros núcleos se aprestan entonces a tomar el tren —aunque fuera en uno de los vagones de cola del occidente europeo— de la segunda revolución tecnológica, la que sustituyó, a partir del nuevo

²⁰ Jutglar, Antoni. La Era Industrial... Op. cit., págs. 94-95.

siglo, el motor de vapor por el de explosión, y el carbón por la electricidad y el petróleo, como fuerzas motrices principales.

Los gobiernos que gestionaron la Guerra de Cuba tuvieron claro que una financiación inflacionaria era conveniente desde el punto de vista de no quedarse fuera del consenso social:

Permitía desplazar los costes hacia el futuro y permitía también anestesiar las protestas campesinas y populares. Una circulación fiduciaria generosa significaba también la devaluación de la peseta. Una peseta débil implicaba la consiguiente reducción de las importaciones, el aumento de las exportaciones y la contención del flujo migratorio. Además, el dinero abundante era una buena noticia para los comerciantes y para los pequeños empresarios. Solo el proletariado industrial tendría que pagar una factura negativa. De los datos disponibles no parece que entonces hubiera un descalabro del consumo privado, siendo la factura de la guerra y la derrota redirigida hacia la década 1899-1909.²¹

POBLACIÓN, EDUCACIÓN Y CULTURA

Si se tiene en cuenta que la población española se había mantenido estancada (entre seis y ocho millones de habitantes) desde la era cristiana hasta finales del siglo XVIII, se comprenderá la importancia del crecimiento demográfico en los últimos siglos. El comportamiento demográfico de los españoles en los tres primeros cuartos del siglo XIX fue más parecido al de la segunda mitad del siglo XVIII que al del siglo XX. Se apunta una fase de «transición demográfica» en la que todavía existen rasgos propios de las sociedades del Antiguo Régimen, con tasas de natalidad y mortalidad muy cercanas, lo que le llevaba a un crecimiento natural muy débil.

²¹ Carreras, Albert. «La coyuntura económica en 1898.» Los significados del 98, la sociedad española en la génesis del siglo XX. Biblioteca Nueva, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 1999, págs. 304-305.

La población española a finales del siglo XIX era, fundamentalmente, rural, tradicional y atrasada. No obstante, el crecimiento de la población en los dos primeros tercios del siglo XIX se vería frenado en el tercero y se relanzaría, a partir de 1900, cuando se sentaron las bases de la definitiva modernización demográfica del país. Con diversos ritmos, pues, tanto en el tiempo como en el espacio, la población española se transformó. No fue, desde luego, un proceso espectacular, sino lento, aunque constante.

MORTALIDAD Y NATALIDAD

Las condiciones de vida a finales del siglo XIX eran especialmente difíciles y el nivel de mortalidad existente en España era superior al que se registraba en la mayor parte de países europeos, incluidos los mediterráneos.

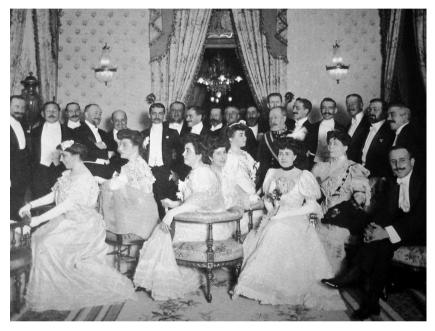
Para lograr un acercamiento a la realidad del momento es preciso hacer una referencia previa a las epidemias de aquella época.

A medida que los avances científicos se van produciendo, las epidemias disminuyen, apreciándose a partir de la segunda mitad del siglo un claro triunfo del esfuerzo del hombre contra la muerte. Los azotes epidémicos van cambiando, también, y en relación con los avances obtenidos, respecto a cada enfermedad. Así se aprecia el paso de la peste —la terrible amenaza de la Edad Media y de los siglos anteriores al XIX— a los casos de cólera, junto con el azote de la viruela. Frente a este panorama desolador, hay que situar el hecho de una total indefensión del obrero ante cualquier tipo de calamidades, sin seguro contra las enfermedades, y sin medios de previsión ante los accidentes de trabajo, muy frecuentes en la época, y que causaban gran número de inválidos.

Hay una coincidencia generalizada en que la clave de la modernización demográfica española del siglo xx consistió en la reducción de las tasas de mortalidad, como consecuencia de la modernización eco-

nómica y social que determinó una mejora en la cobertura de las tres necesidades básicas del hombre: alimentación, vestido y vivienda. A estos factores de tipo privado se le unió otro que correspondía al sector público: la creación de una infraestructura higiénico-sanitaria.

La mortalidad catastrófica, que había sido elemento habitual de comportamiento demográfico hasta mediados del siglo XIX, aún conocería algún rebrote en esta etapa.



La aristocracia y la alta sociedad de la época (1895).

En las últimas décadas de aquella centuria no pudo evitarse la aparición de las periódicas crisis de subsistencias, características del pasado que volvieron a golpear a la población, especialmente en los años 1879, 1882, 1887 y 1898.²²

²² En relación con la escalada de conflictividad social, la recaudación de impuestos especiales por motivo de la guerra pesaba gravemente en la España de 1898, especialmente sobre las clases bajas. A mediados de año, la falta de transporte maríti-

La mortalidad, a finales de siglo, se encontraba en torno al 29/1000, a pesar de la alta natalidad, 34/1000:

En términos comparativos, la mortalidad española de la época era superior a la de un país del Tercer Mundo actual y en el Madrid finisecular resultaba idéntica a la de San Petersburgo, la capital de la Rusia de los zares, Madrás o El Cairo. Una cuarta parte de los recién nacidos no llegaba al año de vida y el 60 por 100 de la mortalidad anual se debía a enfermedades infantiles del aparato digestivo, aspectos en que, en la Europa de entonces, España solo era superada por Rusia²³.

En cuanto a la natalidad española, ésta alcanzaba en las últimas décadas del siglo XIX unos valores excepcionalmente altos, siendo la única forma de compensar la elevada mortalidad. Únicamente en Cataluña se conoció una precoz y gradual reducción antes del cambio de siglo.



Familia campesina española (hacia 1900).

mo, monopolizado por el Ejército, y el desorden económico imperante vinieron a provocar una seria escasez de alimentos en varias provincias.

Tusell, Javier. Historia de España en el siglo XX. (Vol. I) Taurus. Madrid, 1998, pág. 17.

Hay que tener en cuenta que, en buena parte de los países del mundo occidental, el aumento demográfico estuvo unido a un proceso previo o paralelo de modernización económica. En España este fue más lento que aquel. La consecuencia inmediata fue el desequilibrio entre recursos y población, lo que impulsará la emigración, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX. Se puede afirmar que en el siglo XIX parte del excedente de población de la periferia marítima emigró preferentemente hacia Ultramar (América y norte de África), mientras que los habitantes de las provincias del interior emigraron en mayor número a determinadas ciudades españolas en crecimiento.

NIVELES DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Otra considerable divergencia entre la sociedad española y la de Europa Occidental radicaba en la tasa de analfabetismo: en 1900 al menos el 63 por 100 de la población española no sabía leer ni escribir, frente a un 24 por 100 en Francia.

En nuestro país las cifras de escolarizados en el final de siglo eran inferiores a las de los pendientes de escolarizar. Si España estaba, respecto del analfabetismo, en una situación mejor que la del vecino Portugal (79 por 100 de analfabetos), Bulgaria (80) o Turquía (86), había, sin embargo, provincias como Jaén y Granada que, al superar el 80 por 100 de analfabetos, recordaban mucho más al mundo balcánico que al europeo occidental. En nuestra geografía existía, en efecto, una clara diferencia entre un norte alfabetizado y un sur, que lo estaba mucho menos.